

“Sin respeto al derecho nunca habrá paz”, hace 80 años fallecía el beato von Galen

El 22 de marzo de 1946 fallecía el León de Münster, “el opositor más tenaz del nazismo”, como lo definió en 1942 el New York Times, quien denunció los bombardeos aliados que arrasaron las ciudades alemanas. Muchos puntos de actualidad se encuentran en su correspondencia con Pío XII, quien lo creó cardenal.

Stefania Falasca

«Se lanzaron bombas explosivas e incendiarias sobre Münster: alcanzaron la catedral y destruyeron la residencia de nuestro obispo. Mientras los aviones todavía sobrevolaban la ciudad, vi al reverendísimo monseñor en lo alto, bajo el cielo abierto entre las ruinas humeantes... se había quedado aferrado a la única pared que seguía en pie... milagrosamente vivo. Más tarde le informé sobre la muerte del vicario, de los sacerdotes y de los fieles, de todas las monjas de clausura, del horror de los montones de cuerpos medio incinerados, desgarrados, amontonados sobre los escombros de la Marienplatz, de la Groitgasse... y de quienes, al cavar entre esos escombros intentando todavía separar a los muertos de los vivos, se encontraron con el espectáculo espeluznante de los enredos de cadáveres de mujeres y niños asfixiados, hervidos en los refugios».

Así se describe en los archivos del proceso canónico del beato Clemens August von Galen, obispo de Münster -de cuya muerte se cumplen ochenta años, ocurrida el 22 de marzo de 1946- el bombardeo llevado a cabo por los Aliados en 1943 sobre la ciudad alemana de Westfalia. Precisamente esa ciudad había sido el epicentro de aquella otra Alemania -que con el obispo Clemens August von Galen, apoyado y alentado por Pío XII- había resistido abiertamente a Hitler y al culto de la sangre y la raza.

Un retrato de Von Galen

¿No fue desde esa catedral que el obispo alzó su voz denunciando y condenando los aberrantes crímenes y barbaridades del nazismo? ¿No desafió de frente las violaciones de los derechos declarando que no quería “comunidad de pueblo con quien pisotea la dignidad humana”? ¿No fue en sus famosas homilias -que le valieron el apodo de León de Münster- donde desenmascará y denunció con fuerza el proyecto nazi T4 de eliminación de vidas “inútiles”? Tanto que, por su audaz e indomable coraje, públicamente reconocido, apenas un año antes había alcanzado las páginas del New York Times como “el opositor más feroz del régimen nacionalsocialista”, y sus famosas homilias -por las cuales Hitler, furioso de odio, juró que “ajustaría cuentas con él hasta el último centavo”- fueron incluso lanzadas al cielo sobre Berlín por la Royal Air Force inglesa.

Por esas homilias recibió el reconocimiento de la comunidad judía, y durante el Tercer Reich fueron alentadas y apreciadas por el propio Pío XII, quien -como documenta la correspondencia entre el obispo alemán y el papa Pacelli, hallada y reconstruida íntegramente en la investigación archivística del proceso de canonización de von Galen- revela el apoyo del Papa a su acción y el propósito común contra la locura nazi.

También el 4 de noviembre de 1943, el obispo von Galen escribió a Pío XII, pero esta vez informándole de las catastróficas condiciones en que se encontraba la ciudad de Münster y del dolor por las víctimas del bombardeo aliado. «Junto con el sufrimiento de la población, también las destrucciones de las doscientas iglesias de la diócesis le dolían profundamente y, sobre todo, la de la catedral, tanto que nunca pudo comprender por qué los aliados la habían destruido deliberadamente», declaró el sacerdote Theodor Holling en el proceso.

Lo que Hitler no había logrado realizar, lo hizo el moral bombing, como Churchill había traducido el concepto de estrategia de la “guerra aérea justa”, destinada a “redimir la moral mediante la destrucción sistemática de la resistencia moral de los alemanes”. Durante 1943, Münster fue “redimida” por 49 incursiones, a las que se sumarían otras 53 antes del fin de la guerra: las más pesadas fueron las del 30 de septiembre y 22 de octubre de 1944. Se descargaron en total 5.000 bombas explosivas y 200.000 bombas incendiarias sobre una ciudad de 66.000 habitantes. Un destino que la unió a muchas otras ciudades alemanas en ese deliberado “ensañamiento terapéutico” en la agonía de fuego que llevó a la desaparición del país.

Sin embargo, Münster no entró en el grupo de ciudades privilegiadas por el Bomber Command aliado, sobre las que se aplicaron las sofisticadas técnicas del Maximum use of fire, con los efectos especiales de las “Tormentas de fuego” que provocaron su desertificación: ciudades como Potsdam, Lübeck, Hamburgo, Dresde... las joyas de Arthur Harris, el indiscutible genio del moral bombing, que había bautizado con el nombre de Operación Gomorra los éxitos de “limpieza” y aniquilamiento alcanzados.

Cuando se intensificó el “empleo estratégico” de los bombardeos en Alemania, el obispo inglés de Chichester, George Bell, ante la Cámara de los Lores declaró: «¡Los aliados no pueden comportarse como deidades que fulminan a los enemigos desde el cielo! La palabra crucial escrita en nuestras banderas es derecho. Debemos poner nuestra fuerza al servicio del derecho. Y el derecho se opone al bombardeo de ciudades enemigas, especialmente al bombardeo en masa». Y añadió: «Poner al mismo nivel a los asesinos nazis y al pueblo alemán, sobre el cual han cometido toda clase de maldades, significa difundir la barbarie».

Estas eran las mismas lúcidas y valientes constataciones que, al otro lado, en la Alemania devastada por el moral bombing, el obispo von Galen se atrevió a pronunciar frente a las fuerzas aliadas. Precisamente en Münster, en octubre de 1945, von Galen y el obispo anglicano de Chichester se encontraron en la sede del gobierno militar en presencia del general de brigada Chadwick. El obispo Bell, que se encontraba en Alemania como representante de la Iglesia anglicana, expresó su estima y plena sintonía con el obispo alemán, quien “con ardiente amor pastoral se había prodigado en proteger el rebaño a él confiado” y no había temido “decir blanco al blanco y negro al negro en defensa de los derechos de Dios y de la dignidad humana pisoteada, incluso ahora que el caos y la barbarie imperan debido a los abusos, saqueos y violencias tras la entrada de las tropas aliadas”.

Cardenal Clemens August von Galen (VATICAN MEDIA Divisione Foto)

En ocasión de la primera peregrinación después de la guerra que la población de Münster realizó el 1 de julio de 1945 al santuario mariano de Telgte, von Galen había levantado públicamente una dura protesta por el comportamiento del gobierno militar aliado que no hacía respetar los derechos del pueblo alemán. «Los fieles», testifica su secretario Heinrich Portmann, «que en esa ocasión encontraron a su gran abogado en medio de las tribulaciones y sufrimientos, se sintieron profundamente consolados, pero no así los jefes de las tropas de ocupación, de manera que el obispo fue llamado a rendir cuentas ante el comandante militar de Warendorf». El encuentro está documentado en la deposición del sacerdote Federico Sühling en el proceso de canonización de von Galen: «El comandante Jackson pidió al obispo aclaraciones sobre las palabras dichas. Él respondió firmemente: “Como fuerzas ocupantes también tienen deberes, y si no los cumplen, actuaré como he actuado contra las injusticias y la barbarie del nacionalsocialismo”. Mencionó algunos puntos que le preocupaban particularmente: los actos de agresión y violencia contra civiles, especialmente las violaciones de mujeres perpetradas por las tropas de ocupación. Refiriéndose sobre todo a los casos de violencia, el obispo se irritó fuertemente, golpeó con el puño sobre la mesa y dijo al intérprete: “Traduzca literalmente lo que he dicho”, y no retiró ni una sola palabra de su homilía».

El 20 de agosto de 1945, von Galen escribió al papa Pacelli: «Incluso los nuevos periódicos alemanes dirigidos por las fuerzas de ocupación deben publicar continuamente declaraciones que intentan atribuir al pueblo alemán en su conjunto, incluso a aquellos que jamás han rendido homenaje a las erróneas doctrinas del nacionalsocialismo, y que según sus posibilidades se opusieron a ellas, una culpa colectiva y la responsabilidad por todos los crímenes cometidos por los anteriores detentadores del poder». Con amargura constató luego: «Parece que esta disposición de ánimo es la base para admitir campañas de saqueo y robo [...] y para la despiadada deportación del pueblo alemán de su patria».

Y no dudó en afirmar con lucidez: «Es realmente aterrador que el nacionalismo exacerbado, culminando en el culto de la raza propio del nacionalsocialismo, domine hoy incluso entre los vencedores, hasta el punto de que en Potsdam se decidió expulsar a toda la población alemana de los territorios asignados a Polonia y Checoslovaquia y concentrarla en los territorios occidentales». En la carta siguiente, del 25 de septiembre de 1945, describiendo nuevamente a Pío XII “las terribles condiciones de los territorios ocupados”, le suplicó que interviniera con “una ayuda directa mediante protestas hacia las potencias vencedoras”.

En la víspera de Navidad de 1945, Radio Vaticana comunicó la noticia de que Pío XII había creado cardenal al obispo Clemens August von Galen.

Benedicto XVI durante la celebración en San Pedro para la beatificación de van Galen, el 9 de octubre de 2005 (VATICAN MEDIA Divisione Foto)

En Roma, la llegada del León de Münster fue triunfal. Los estudiantes de la Pontificia Universidad Gregoriana lo recibieron al grito de “vox populi, vox Dei”. Pío XII, en San Pedro, le confirió la dignidad cardenalicia junto a otros dos obispos alemanes que se habían distinguido frente a la locura nazi: el arzobispo de Colonia Joseph Frings y el obispo de Berlín Konrad von Preysing. Para el episcopado y el pueblo alemán, esos nombramientos eran la demostración de que Pío XII no estaba dispuesto a participar en las voces de quienes en aquellos tiempos “estaban inclinados a considerar a todos los alemanes un grupo de delincuentes” y, al mismo tiempo, eran “el signo de un justo premio por la valiente resistencia al nazismo que hombres como estos habían llevado a cabo, y entre ellos, el primer lugar correspondía al obispo von Galen”.

La prensa, por tanto, informaba lo que era evidente para todos: von Galen había osado atacar pública y frontalmente al régimen; era el símbolo de aquella otra Alemania que había resistido a Hitler. Y en la concesión de la dignidad cardenalicia ad personam por parte de Pío XII se veía tanto “el rechazo de la culpa colectiva” como “el reconocimiento al viril defensor de la verdad cristiana y de los derechos inalienables del hombre, que en el Estado totalitario debían ser erradicados”.

El 6 de enero de 1946, el obispo von Galen escribió la última carta a Pío XII antes de llegar a Roma para recibir la birreta cardenalicia. Ese día quiso celebrar la Epifanía entre las ruinas del santuario de Telgte. Con estas palabras cerró su última homilía en el santuario: «Bajo el nazismo dije públicamente, y lo escribí directamente también a Hitler en 1939, cuando ninguna potencia intervino para frenar sus aspiraciones expansionistas: “La justicia es el fundamento del Estado; si la justicia no se restablece, nuestro pueblo morirá por putrefacción interna”. Hoy debo decir: si entre los pueblos no se respeta el derecho, entonces nunca habrá paz ni concordia entre los pueblos».

Postuladora de la Causa